POESÍAS LÍRICAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ

DE AVELLANEDA (1).

La célebre poetisa cubana está haciendo una edición completa de sus obras, de la cual acaban de ver la luz pública los dos primeros volúmenes (2). Quien escribe este artículo, aunque poco ó nada merecedor de tan alta honra, recibió y aceptó, tiempo há, de la señora de Avellaneda el lisonjero y difícil encargo de escribir un Prólogo general que fuese al frente de la mencionada edición; pero otros quehaceres y cuidados, juntos á la desconfianza, que no logró vencer, de que bastasen sus débiles fuerzas y su marchito ingenio á dar cima al trabajo crítico que tan notables obras requieren, impidieron que cum-

(1) Artículo inserto en la *Revista de España* en el año de 1869.

(2) Obras literarias de la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Colección completa.—Tomos I y II.—Madrid, imprenta de M. Rivadeneyra, 1869.

pliese su palabra, y le hicieron desperdiciar una ocasión, que tal vez no vuelva á presentarse nunca, de salvar su nombre del olvido y de legarle á la posteridad más remota. Porque, sin afectación de modestia, yo tengo ya por indudable, como me predecía el Sr. Alcalá Galiano al juzgar mis versos, en los cuales hallaba él, sin embargo, llevado acaso del cariño que me profesaba, no escaso valer, que tanto estos versos como mis obrillas en prosa se han de perder y confundir en el inmenso cúmulo de lo que hoy se escribe y publica, y al fin han de anegarse y sepultarse en el río del olvido, cuyas furiosas oleadas van barriendo y limpiando el terreno de ripios poéticos y de escombros literarios, para que la memoria de los hombres no se fatigue en sustentar tanta carga. Pero las obras de la señora de Avellaneda están ya muy altas, y el río del olvido, aunque venga muy bravo y encrespado, no se las tragará. Así es que, si yo hubiese puesto en ellas el Prólogo general, con ellas se hubiera salvado, y con el Prólogo mi nombre. ¿Cómo negar, por otra parte, la posibilidad de que algún curioso erudito, allá en los tiempos venideros, estimulado con la lectura de mi Prólogo, se moviese á rastrear, desentrañar y descubrir quien yo fuí, y hasta se aficionase á mis escritos, luego que hubiese dado con ellos, y los imprimiese de nuevo á costa de una sociedad de bibliófilos, tratando de demostrar que eran unas joyas, un verdadero tesoro, y poniéndoles glosas y comentarios, por donde viniese el vulgo á entender la doctrina excelente que está escondida y cifrada en ellos, y que en el día no ven

ni estiman más que seis ó siete amigos míos, todo lo más, y echando por lo largo? Todo esto he perdido con no escribir el Prólogo, y sobre todo esto el placer de servir á una antigua, buena y constante amiga mía, como lo es la señora de Avellaneda; porque, al cabo, la intención es lo que se aprecia, y la señora de Avellaneda hubiera agradecido y apreciado mi Prólogo por malo que hubiera sido; aunque al lado de sus versos hubiera parecido como cardo entre rosas, ó tal vez como aquellas esclavinas que en nuestros viejos romances populares solían llevar los Príncipes cuando peregrinaban disfrazados de romeros; esclavinas

Que no valían un reale;

pero que, apartadas, descubrían un traje tan rico y tan galano,

Que valía una ciudade.

En resolución, es lo cierto que yo no escribí el Prólogo, y esto ya no tiene remedio. Veamos ahora si al menos en un artículo de periódico, en un escrito que no exija tanto esmero y primor, acierto á decir algo en alabanza de las obras de la señora de Avellaneda; algo que sea razonable y atinado, sin hipérboles absurdas, y como ella es digna de ser juzgada.

Su ingenio flexible y fecundo ha dado gallarda muestra de sí en obras de muy diversos géneros, siendo los tres principales el drama, la novela y la poesía lírica. Sin perjuicio de que yo mismo, si no se me adelantan otros críticos más hábiles, juzgue

en nuevos artículos las obras dramáticas y las novelas de la ilustre poetisa, me limitaré en éste á hablar de sus poesías líricas, contenidas todas en el tomo I, ya publicado. Esta tarea es, por varias razones, más agradable que las otras, y al mismo tiempo de mayor dificultad é importancia. La señora de Avellaneda pone mucho de sus más íntimos sentimientos en su poesía lírica, la cual, como ahora se dice, es muy *sujetiva*, por donde al hablar de las obras habrá á menudo que hablar del alma misma de la autora. Es además innegable que la señora de Avellaneda ha tenido y tiene rivales como poetisa dramática, si no en España, en países extranjeros; y que como novelista queda muy por bajo, en fama y merecimiento, de Jorge Sand en Francia, y en España, por lo menos en fama y popularidad, de Fernán Caballero; mientras que como poetisa lírica no admite comparación ni halla competencia ni en España ni en otros países. Como poetisa lírica no tiene ni tuvo nunca rival en España, y sería menester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia, para hallarle rivales en Safo y en Corina, si no brillase en Italia, en la primera mitad del siglo XVI, la bella y enamorada Victoria Colonna, Marquesa de Pescara.

No creo que al decir esto me cieguen el patriotismo y la amistad. Nuestra poetisa lírica no tiene igual, en las edades modernas, sino en la dulce encomiadora y apasionada consorte del vencedor de Pavía; en aquella gentil dama, admiración de Italia en el gran siglo de los Médicis; objeto de

fervoroso y constante amor y respeto de cuantos hombres ilustres florecieron entonces; ídolo venerado de los Bembos, Buonarrotis, Ariostos y Castigliones.

Ambas poetisas, en mi sentir, la Colonna y la Avellaneda, tienen algunos puntos de semejanza: ambas cantan y ensalzan en su primera juventud á algún sujeto mortal, por quien sentían el más vivo afecto; y ambas, desengañadas más tarde, y lleno siempre de amor el corazón, ponen en Dios este amor, y á Él consagran su lira y sus canciones. En ambas, por último, estamos indecisos, y no sabemos si es preferible y más verdadero é inspirador el amor profano y terrenal, ó el amor celeste y divino. Yo, con todo, me inclino á creer (y entiéndase que hablo artística y estéticamente), que el amor humano infundió en las almas de ambas poetisas más dulces y delicadas poesías, que el otro amor más encumbrado.

Las diferencias entre una y otra poetisa nacen más de las diferencias de edad, de condición y de medio en que han vivido, que del modo de ser interior de cada una. Hija de un potentado italiano, y concertado su casamiento desde la edad de cinco años con un magnate heróico, dominador de Italia, azote y terror de los franceses, hermoso de rostro, vencedor en cien batallas, mimado de la fortuna, que hasta llegó á brindarle con la corona del más risueño y poético país del mundo, la Colonna no tuvo que luchar con la áspera y dura realidad de las cosas, ni conoció jamás la vil prosa de la vida burguesa. En su magnífico palacio

de Ischia, ameno jardín circundado por el mar azul de las Sirenas; á la vista del umbroso y feraz Posílipo; en aquel encantado retiro tan cerca de la bulliciosa Nápoles, la Colonna aguardaba al esposo, que volvía con nuevos laureles, con mayor nombradía, de sus expediciones guerreras; ya después del asalto de Lodi; ya después de arrojar á los franceses de Milán, Génova y Cremona; ya, por último, después de derrotarlos en Pavía. La musa de la bella dama, ora cantaba los tormentos de la ausencia, ora la felicidad de volver á ver *il suo bel sole*, cada vez más resplandeciente de gloria. Todos los infortunios de la Colonna fueron aristocráticos; carecieron de la grosería brutal de los infortunios y desdichas que sobrevienen á la generalidad de los mortales, cuando no son ni mendigos ni grandes señores. Hasta la cautividad del marido, después de la sangrienta rota de Ravenna, y aquellas honradas y bellas cicatrices que, según la expresión de Isabel de Aragón, Duquesa de Milán, más bien le iluminaban y agraciaban el rostro que se le afeaban, eran asunto y fuente de egregia inspiración, de noble orgullo, y de más profundo amor y entusiasmo. La muerte misma contribuyó á hacer más poética la vida de la Colonna, apartando de ella para siempre, en todo el vigor de la edad, en todo el auge del crédito, en toda la lozanía de la juventud, al varón heróico que compartía su tálamo. Á la edad de treinta y tres años murió el Marqués de Pescara, y no dió tiempo, ni con la cansada vejez, ni con la ociosa y larga convivencia, ni con las enfermedades y los achaques, á que el ideal que la Colonna había puesto en él desde muy niña, pudiera desvanecerse ni deslustrarse. *Il bel sole splendeva ancora per lei*, aun después de la muerte.

Príncipes y grandes señores pretendieron después la mano de la joven viuda; los más famosos sabios y los más eminentes artistas la sirvieron y la adoraron rendidos; pero ella lo desdeñó todo por el amor de Dios y por el recuerdo amoroso del héroe, á quien había dado toda su alma. Si el cielo no le concedió un hijo, ella tuvo la dicha de reconocer por tal, de mirar como á hijo de su espíritu, al bizarro y discreto Alfonso de Ávalos, Marqués del Vasto, primo suyo, de quien, con inmaculado cariño, docta insinuadora de toda virtud y gentileza, amansó la condición zahareña y torva, y llegó á hacer el modelo del caballero cortesano, según el conde Baltasar Castiglione supo fantasearle y trazarle en su lindísimo libro.

Considerada estéticamente, la vida de la Colonna no pudo ser más dichosa. La Colonna pudo ser y fué un Petrarca femenino, no ya sólo en lo ideal de los sonetos, canciones y madrigales, sino también en lo real de la vida. Por eso, en sus poesías, aunque por el estilo imita al Petrarca, hay un sentimiento y un fuego más sincero y profundo; no hay los discreteos y las quintas-esencias que en el cantor de Laura. Para el Petrarca debía aparecer Laura muy á menudo como una abstracción, como una alegoría, como un símbolo; para la Marquesa de Pesquera, su *bel sole*, su héroe,

nada tiene de fantástico ni de sofístico; todo es real y verdadero en vida y en muerte. Ella le ama con toda la delicadeza y toda la sublimidad de un corazón puro y de una mente casta; pero como ama una mujer á un hombre, y no como ama un metafísico á una idea. De aquí el más poderoso encanto de sus versos.

Los de la Avellaneda poseen el mismo encanto, y le poseen por el mismo motivo: por la sinceridad, por la realidad, por la verdad de la inspiración. Aún estoy por decir que en sus versos es mayor el encanto, y menor ó ninguna aquella monotonía que se nota en los de la Marquesa de Pescara. La Avellaneda, menos feliz que su rival, ha tenido que luchar con la fortuna; ha hallado más dificultades en el camino de la vida; se ha visto obligada acaso á conservar con frecuencia su ideal en abstracto y en vago, por no poderle fijar, ni concretar, ni determinar en persona alguna de las que ha encontrado por el mundo. Si á esto se añade que la Avellaneda vive en un siglo más reflexivo, de menos fe, de menos ilusiones, se comprenderá la diferencia radical de sus poesías, que carecen de la serenidad etérea que hay en las de la Colonna, pero que mueven en cambio más hondamente el alma. La misma contraposición entre el ideal soñado y la prosáica realidad de las cosas, que jamás se le adecua, y que sólo puede confundirse con él en un momento de alucinación y de extravío, da una magia melancólica á las composiciones de la Avellaneda, de que las de la Colonna están desprovistas.

Entienden algunos críticos superficiales que el hastío, el tedio, las lamentaciones y las quejas de los poetas de nuestra época, que nada hallan en el mundo que los satisfaga y contente, nacen del prurito de remedar á Byron. No niego yo que le imiten con frecuencia. La desilusión y el aborrecimiento de la vida y el misantrópico desdén han tenido pocos poetas que sepan expresarlos con la misma energía que el noble Lord; pero, aunque el noble Lord no hubiera vivido ni cantado, hubieran sentido y expresado el mismo sentimiento otros poetas de todas las naciones, sobre todo de las que tienen ya una vida y una civilización más largas, como son las del Mediodía de Europa, donde hasta la misma decadencia política induce á desesperación y acibara el espíritu. No ha habido sociedad, ni pueblo, ni agrupación de hombres, donde al cabo de algunos siglos de historia no se haya hecho general este sentimiento de hastío y de cansancio, y no haya sido lamentado por los poetas. ¿Qué Byron ni qué Leopardi fué más allá en esto, exhaló del alma más amargas quejas, que el judío alejandrino, autor del *Eclesiastés?* En los fragmentos que aún nos quedan del poeta cómico Menandro, hay tales rasgos y sentencias de este escepticismo melancólico y misantrópico, que Byron los hubiera envidiado.

El que los dioses aman, muere joven,

dice Menandro.

Los poetas latinos del gran siglo de Augusto,

en medio de sus placeres livianos y de su epicurismo fácil, suelen manifestar la misma tristeza, la misma aflicción de espíritu, el mismo convencimiento de la vanidad de todo. Los satíricos van más allá: todo en las cosas es vano y vacío; los hombres de su época les parecen tan viles, que Dios, al mirarlos, los odia ó se mofa de ellos. El cristianismo, como toda doctrina mística, vino á dar un consuelo á esta propensión del espíritu, pero no á curarla; antes se fundó en gran manera en esta propensión, en el menosprecio del mundo. Los filósofos franceses, los enciclopedistas del siglo pasado, tanto los burladores como Voltaire, cuanto los sentimentales como Rousseau, están llenos del mismo menosprecio misantrópico. Sólo la moderna filosofía alemana está libre, está sana de esta enfermedad mental, y por esta sola calidad merece la estimación de todos los hombres y el perdón para cualquier defecto. El optimismo de Leibnitz y la serenidad olímpica de Goëthe resplandecen en todos los sistemas, desde Kant hasta Hegel (1).

Entre tanto, no se ha de negar que el desdén misantrópico, el menosprecio del mundo y de los hombres, es un sentimiento propio de este siglo, y muy general en casi todos, y es además una fuente de rica y elevada, aunque amarga inspiración. La Avellaneda ha bebido también en esta fuente, y, salvo lo que le ha inspirado el amor, de

(1) Cuando el autor escribió este artículo aún no tenía noticia del novísimo pesimismo alemán de Hartmann y Schopenhauer.

ella ha sacado sus mejores poesías, endulzando con las creencias religiosas la amargura de la fuente.

En ninguna composición de este género raya tan alto la Avellaneda, muestra más sinceridad, más sencillez de estilo, más verdadero y hondo sentimiento, que en los cuartetos dirigidos á su primer marido el Sr. Sabater, poco antes de casarse.

En otras composiciones de la señora de Avellaneda, este cansancio, esta saciedad de la vida, este desaliento profundo están aún expresados, mas no sentidos, con más viveza y brío. Tal vez, al leerlas, imaginó el Sr. D. Juan Nicasio Gallego, en el prólogo que puso al primer tomo de poesías que publicó la autora, que ésta se hallaba algún tanto contagiada de la manía del siglo, y que, más por seguir la moda que porque en realidad lo sintiese, se lamentaba de que la vida es una carga insufrible, de que el mundo es un infierno ó un valle de lágrimas, de que el amor es una mentira, y una ilusión el bien y la belleza, y de que no hay alegría en el mundo, ni en la sociedad placeres. Sin embargo, estos arranques byrónicos están templados casi siempre en los versos de la Avellaneda, y muy dulcificados por amorosos sentimientos de devoción á Dios ó á la Virgen.

En una de sus plegarias á esta Divina Señora, la poetisa se llama á sí misma campo estéril, seco arroyo, pájaro sin nido, olmo sin hiedra, extranjera en un mundo cuya alegría no comprende, y sér desvalido y sin amparo. Se diría que habla la

persona más cuitada y menesterosa de la tierra, y al cabo termina así:

¡Ay! No soy robusta encina,
Firme del viento á la saña,
Sino humilde y frágil caña
Que al menor soplo se inclina.
Bajo el brazo omnipotente
Veis mi frente
Postrarse humilde, Señora;
Decidle, pues, que ya es hora
De que se extienda clemente.
Del árbol de mi esperanza
Secas las flores cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Así, no pido alegría,
¡Virgen pía!
Ni horas de dicha serenas;
Sino paciencia en las penas
Y paz en la tumba fría.

Una consecuencia de este disgusto de la vida actual es en la señora de Avellaneda, y en casi todos los poetas de raza latina, el ensalzar y echar de menos los tiempos pasados. Extraño parece que el genio de la poesía, que goza de eterna juventud, tenga por carácter distintivo, generalmente, el que Horacio atribuye á los viejos: el ser *laudator temporis acti*. La ciencia, la experiencia, la historia dicen lo contrario: que nunca hemos estado mejor que en estos días; que la humanidad gana y adelanta en todo, en vez de perder; pero la poesía se aferra en sostener que no, desde Homero hasta hoy. El sueño de la edad de oro, la idea de un primitivo estado de inocencia y de bienaventuranza, la creencia de un Paraíso, donde fué la cuna de la humanidad, son temas más simpáticos á la poesía que la fe en el progreso humano, que la edad de oro en el porvenir, que la esperanza de mayor ventura y virtud y excelencia para nuestra especie en los venideros siglos. Difícil y larga tarea sería dar razón de esta anomalía. Ello es que existe. Quizás se funda la fe en el progreso en consideraciones algo prosáicas y no muy altas para que puedan satisfacer el alma del poeta. Sin duda que toda esperanza de mayor ventura en la tierra está limitada por nuestra misma condición natural, y el alma del poeta há menester de una esperanza infinita para apagar la sed que la devora y consume. Harto bien declara todo esto nuestra poetisa en su composición *Á la felicidad*. El último esfuerzo de la ciencia humana es para ella que *todo es vanidad:*

El insensato empeño
De afectos breves y precarios goces,
Que, cual visiones de engañoso sueño,
Llegan y halagan para huir veloces,

no puede satisfacer un corazón enamorado; y, si la felicidad no es una mentira, la felicidad, roto el límite mezquino de la vida, ha de estar más allá del sepulcro.

Si tan poco sonríe á nuestra poetisa el porvenir

terrenal, menos aún la sonríe lo presente. Véase cómo lo describe en los versos que llevan por título *La juventud del siglo:*

¿Qué hace el siglo engañoso
De tan fecundas y abundantes fuentes
De entusiasmo divino?—Vedlo en esas
Antes de tiempo marchitadas frentes,
Que, si no ostentan del dolor el sello,
Llevan la frigidez del egoísmo!...
Vedlo en esas miradas,
Que indiferentes á lo grande y bello,
Que les nubla profundo escepticismo,
No son por el amor abrillantadas,
Ni en ira generosa
Se encienden contra el dolo y la injusticia,
Mas que arden ¡ay! por fiebre contagiosa
De insaciable codicia.
¡Mísera juventud! ¡Cuán vanamente
Grandes aspiraciones
De tu instinto purísimo y valiente
Llevas á las estériles regiones
Del positivo mundo,
Que arrojando de sí como desdoro
La fe divina y el sentir fecundo,
Al Dios á quien adora, que es el oro,
Sacrifica con ciega idolatría
De lo bello la eterna poesía!

Mucho habría que contestar en prosa, y con razones prosáicas, aunque sólidas, á esta poética declamación; pero ¿quién ha de negar que, como

declamación poética, está bien sentida y dichosamente expresada?

Pero dejemos ya de hablar del desaliento, del desengaño, y busquemos otro venero más fecundo de inspiración; venero rico é inexhausto en el alma de la poetisa: el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos. Sus versos son la historia psicológica, íntima y honda de esta bella pasión de su pecho. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana, el hastío, que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible, que no halla dónde calmarse en la tierra; de este afán de adoración y de afecto, que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer.

Ciertamente, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo; en un período de transición penosa, en que anhelamos vivir bien, mejor al menos que hemos vivido hasta aquí, y no creamos los medios de sostener esta vida; en un período en que la cuestión económica absorbe todas las inteligencias y las distrae de especulaciones más altas, y las abate y humilla, los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria, y se oirían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen tanto como los de la moza de Lesbos, allá en la antigüedad.

¿Qué mujer de diez y seis á diez y ocho años no ha buscado vagamente su amor en todo cuanto la rodea; no ha querido dar cuerpo y forma al predilecto de su corazón, hasta apiñando la niebla y

dando consistencia á las sombras nocturnas para crear su bello fantasma? ¿Puede este amor indeterminado, sin objeto aún, pero vehemente, delicadísimo, santo y hermoso, expresarse y sentirse mejor que en estos versos?

¡Oh tarde melancólica! yo te amo
Y á tus visiones lánguidas me entrego...
Tu leda calma y tu frescor reclamo
Para templar del corazón el fuego.
Quiero, apartada del bullicio loco,
Respirar tus aromas halagüeños,
Á par que en grata soledad evoco
Las ilusiones de pasados sueños.
¡Oh! si animase el soplo omnipotente
Éstos que vagan, húmedos vapores,
Término dando á mi anhelar ferviente,
Con objeto inmortal á mis amores!
¡Y tú, sin nombre en la terrestre vida,
Bien ideal, objeto de mis votos,
Que prometes al alma enardecida
Goces divinos, para el mundo ignotos!
¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo,
Libre de la materia que me oprime,
Á tí llegar, y aletargada quedo,
Y opresa el alma en sus cadenas gime?

En otra composición, la fantasía de la autora, movida del amor, logra dar cuerpo, forma, vida, al objeto ideal que ama. También era en la hora melancólica y dulce y llena de misterios del crepúsculo vespertino. La poetisa evoca al bien de su

alma, le llama, hace un conjuro de amor, y él se aparece:

Entonces ¡ah! de repente,
No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente,
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Hay un cuento oriental en que dos genios se encuentran en las altas regiones del aire, durante la noche, viniendo de los opuestos confines del mundo. El uno protege á un Príncipe hermosísimo y discreto, y el otro á una Princesa no menos gentil. Los genios hacen el elogio alternado de sus respectivos Príncipes, y convienen en que han nacido el uno para el otro; en que deben amarse, aunque viven á la mayor distancia. Entonces deciden tomar al Príncipe dormido, recorrer volando con él millares de leguas, é introducirle por un instante en la alcoba de la linda Princesa, dormida también. Lo hacen así: los dos jóvenes se ven por un momento y se aman, y los genios vuelven á llevar al Príncipe á su palacio. No hay que decir que el Príncipe pide después armas y caballo á su señor padre el Rey, y sale en busca de la Princesa, aunque casi la tenía por un sueño, y la encuentra al cabo de prolijas y penosas peregrinaciones, y es feliz uniéndose á ella. Algo parecido entiende nuestra poetisa que le sucede en estos versos que vamos citando. Al bello Príncipe que soñó, que vió en Cuba, por una intuición mágica, le vuelve á encontrar en Europa, y le reconoce y le ama.